

# ¿HACIA UNA TEOLOGIA POLITICA?

Hasta ahora habíamos desarrollado los cristianos —en España y fuera de ella— principalmente la dimensión individual de nuestro mensaje moral. La religión se centraba preferentemente en la expresión tajante del cardenal Newman: «Dios y yo». Y en esta actitud, lo que el Evangelio había dicho acerca de nuestro cuidado por el prójimo, como piedra de toque de nuestra fe, quedaba difuminado.

Ante la reciente publicación de la obra titulada «Teología del Mundo», de J. B. Metz, comenzamos a comprender la profundidad de la reacción positiva ante los ataques que los sociólogos científicos, sobre todo del siglo pasado, hicieron contra esta moral individualista, que llegaba a impregnar frecuentemente hasta a la llamada doctrina social católica. Y empezamos a darnos cuenta cabal de la importancia social que debe tener en nuestro mundo el mensaje del Evangelio y percatarnos que creer en Dios no es hablar de Dios haciendo abstracción de nuestro mundo y de sus problemas.

Los hombres y mujeres actuales miden, con acertada intuición, el valor de una convicción religiosa por su resultado social, y se apartan instintivamente del cristianismo de los cristianos, porque no han visto generalmente en muchos de ellos esta eficaz repercusión.

Por eso nuestra apología de la religión cristiana no puede hacerse ya por su sola credibilidad racional —tan imperiosamente exigida en el pasado siglo y comienzos de éste—, sino por su credibilidad humana, y —dentro de ella— preferentemente por su «credibilidad social» no tapando agujeros, sino inventando nuevas formas sociales más humanas.

Esta es la intención de dos teólogos cristianos, el protestante J. Moltmann y el católico J. B. Metz.

Para un cristiano del año 1969 lo básico «ya no es solamente —como en otros tiempos— el de las relaciones entre la fe y la razón, sino el de las relaciones entre la teoría y la práctica; es decir, una reflexión sobre las implicaciones sociales y políticas de la fe cristiana» (C. Geffré, revista *Concilium*, junio 1969). Sin duda, la tan predicada doctrina social católica por nuestros políticos creyentes del tiempo de nuestra República no era sino un ensayo pre-científico y muy discutible de eso que ahora empezamos a descubrir que debería ser realizado más seriamente y más profundamente, llegando hasta las estructuras —a cualquier nivel— de nuestras sociedades modernas, y no sólo a las pequeñas de nuestro entorno individual.

No se trata, ni mucho menos, de caer ingenuamente en una nueva defensa de la democracia cristiana los que sean más moderados, o del socialismo cristiano los que sean más avanzados. De lo que se trata es de que sepa el cristiano —independientemente de cualquier grupo o concreción política— que su responsabilidad no es meramente individual, ni puede propugnar un individualismo de corte pagano, sino que su responsabilidad es fundamentalmente social de cara a estructurar una sociedad occidental cada vez más justa y humana.

A esta nueva consideración religiosa se le llama —con un nombre bastante desacertado— *teología política*. Pero nada tiene que ver con las reflexiones teocráticas o clericales que se han fomentado muchas veces para inducir a los cristianos a una sola opción social o política, que siempre tenía un matiz de moderación y que era además dictada, en una forma o en otra, por la autoridad eclesiástica en muchas ocasiones.

Por eso al cristiano le interesa enormemente el futuro de la sociedad humana en general, y en concreto de la nuestra. Y empieza a comprender que tiene que adquirir un más serio conocimiento de la realidad en torno suyo. Conocimiento imparcial, frío y científico y no una infantil identificación de nuestras propias y particulares ideas —guiadas por un morboso afán de seguridad y de conservación— con esta realidad.

El cristianismo conduce —según dice Metz con toda razón— «a una teología política, es decir, a una teología que toma en serio la dimensión social y política de la existencia humana tal y como se comprende hoy día». Por eso tendremos dos cometidos los creyentes, de los cuales se desprenderán unas actitudes y unas orientaciones nuevas, en nuestra manera de entender lo religioso. Habrá que superar el concepto de religión que teníamos, como si fuese sólo un asunto privado, y, en segundo lugar, «determinar un nuevo género de relaciones entre la religión y la sociedad» (J. B. Metz, «El problema de una teología política», revista *Concilium*, 36, 1968).

Y para que todo esto no quede en las nubes de una divagación idealizante, y sin consecuencias para nuestras vidas futuras, es necesario llegar a conocer muy bien tres cosas: 1.º) cómo es la sociedad en que vivimos, sus costumbres cambiantes, y no sólo la fachada brillante que tengan algunas de ellas más tradicionales; 2.º) cuáles son los impulsos reales que mueven a la gente en su obrar social o profesional, y 3.º) hacia qué lugar o meta dirigen estos impulsos, que unas veces son conscientes y otras inconscientes. Sólo después de ello podremos los cristianos hablar con un poco más de base para ayudar al progreso y desarrollo constructivo de la sociedad de los hombres, que está a mitad de camino entre las instituciones y el individuo, como observó perspicazmente Ortega y Gasset.

Hemos de comprender también cada vez mejor el papel de las ideas que se nos introducen dentro del cuerpo y de la mente, sobre todo en un mundo occidental como el de hoy, bajo la prestante influencia de los medios de comunicación social (televisión, cine, radio, periódico o revista). La mayor parte de las veces, estas ideas son ideas acriticas, que terminan por convertir a los hombres de cualquier país, incluso desarrollado, en autómatas de conductas dictadas, en vez de desarrollar lo más posible nuestra personalidad y nuestra autonomía, que no deben ser contrarias —por otro lado— a esa responsabilidad hacia los demás que hoy está en el centro del verdadero desarrollo humano.

El hombre social de mañana será el que use de una crítica que construye y desarrolla, el que cree en las ideas vitales, aborreciendo por igual los idealismos abstractos o las actitudes oportunistas puramente superficiales que nunca corresponden a una verdadera convicción humana. Y aborrecerá también algo que nos ha entretenido excesivamente, paralizándonos nuestra marcha hacia el desarrollo humano: la pura crítica anecdótica sin consecuencias ideológicas de fondo. Esta crítica personal y contingente, como muy bien decía Ortega, desvía nuestra atención de lo fundamental, que son las ideas de base —claras u ocultas— que mueven a los seres humanos concretos, y nos deja aparentemente satisfechos creyendo haber hecho algo, cuando la única liberación la obtendremos solamente si nos hacemos conscientes de las ideas que gobiernan esos hechos y esas actitudes.

La conjunción entre las ideas vitales que den perspectiva más humana y radicalmente social y las técnicas eficaces, psicológicas y sociológicas, que hoy tenemos en nuestra mano para plasmar tales ideas, será lo único que nos lleve a salir a los hombres y a las mujeres de hoy del estrecho entorno individualista que afina al hombre en su propia pequeñez cultural y social, sin permitirle una verdadera perspectiva que le haga comprender la estrechez de sus miras.

El teólogo medieval Duns Escoto tenía la opinión de que la salvación del hombre sólo era posible durante esta vida, porque en ella adquiríamos diversas ideas, y al compulsarlas, ejercitábamos nuestra libertad de elección decidiéndonos, en una comparación de los valores de unas y de otras, por una actitud u otra. Pero una vez en el otro mundo, al no ir adquiriendo nuevas ideas que nos permitieran compulsar las anteriores, no podríamos cambiar de actitud. Esto mismo podríamos decir a propósito de la salvación humana de nuestro mundo occidental tan defectuoso: se precisan en la gente más ideas concretas, vitales, realistas, para, con este bagaje, poder dar verdaderos pasos hacia adelante en un desarrollo humano y social satisfactorio y progresivo: sin suficientes ideas, estaremos sin salvación.

Y esta labor para el que es creyente es ya cristianismo, aunque no sea dictada —ni tenga que serlo— por la autoridad eclesiástica o por las construcciones de los teólogos de oficio. Es él mismo quien, sin meditaciones religiosas de ninguna clase, debe vivir y fomentar como hombre pleno el proceso constructivo de la sociedad humana para acelerarlo y llegar a una verdadera historia primaveril por el esfuerzo tenaz, cotidiano y constante de todos.

Si a esta labor de los cristianos se le llama teología política, estoy de acuerdo; pero si esa teología tienen que dictarla, desde fuera, los clérigos o los especialistas en cuestiones religiosas, creo que estamos ante una teocracia vestida con atractivas galas.

MIRET MAGDALENA